



ocación de maestro: por qué sí y para qué no. Un diálogo crítico

Ivannsan Zambrano G¹

¹ Profesor de la UdeA, facultades de Educación y Artes. Doctor en Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana. Integrante del Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas y Pedagogía a la Calle: Plataforma Artística, Cultural y Pedagógica. Correo: ivannsan@gmail.com

*A Carlos Mario Gonzales y mi buen amigo,
Bernardo Barragán.*

Resumen

Debido al uso instrumental, político y religioso que se le ha dado históricamente, para muchos el concepto de vocación no tiene lugar en la formación del maestro. En un tiempo de renuncias a perspectivas ontológicas y metafísicas, tampoco es bien visto. Sin embargo, inspirado en pensadores como Spinoza, María Zambrano y Freud, entre otros, y considerando la idea de inmanencia y la trascendencia, la mediación y el amor pedagógico, se presenta un diálogo que reivindica la idea de vocación, visibilizando su lugar en el devenir de maestros memorables, esto sin pretensiones científicas ni academicistas.

Conversan el maestro (M), y Federico (F). Federico no es ingenuo, le gusta hablar *sin pelos en la lengua*, decir lo que piensa y está molesto.

F: ... Tengo que decirlo...

M: ... Sé que te molesta la idea de vocación.

F: ¡Sí! la idea de vocación guarda en sí misma una cruel realidad, una horrorosa mentira, arcaica y religiosa. Se trata de un discurso que lleva a los individuos a creer en una suerte de inclinación y actitud natural del maestro, y que, sin embargo, es realmente una forma de esclavitud, pues al maestro no se le reconoce monetariamente su hacer, y se le dice que haga lo que debe hacer, su trabajo, ¡por vocación! ¡He ahí la esencia del maestro, su vocación! ¡La gran mentira!

La vocación no es más que palabras que atan a ese individuo a una idea de sí mismo que lo condena al poder del otro, las directivas, la sociedad; pues si el maestro no hace bien lo que debe, es por culpa de él, es su responsabilidad, ¡no tie-

ne vocación! sino sabe lo que debe saber, y no lo enseña bien, ¡es por falta de vocación!

¡Mentira!

¡Como si el maestro no fuese producto de una sociedad que no le brinda lo necesario para formarse, que no le pagan bien, que lo mantiene en la pobreza y, sobre todo, que no lo reconoce, de hecho, lo considera poco respecto a otras profesiones, y de ahí su bajo salario! ¡Pobre maestro, pobre sujeto engañado!

M: ¿Dices que es un engaño?

F: No es solo un engaño, es parte de una tradición, una suma de idealizaciones y esencialismos respecto al maestro. Una donde el deber ser del maestro, aquel que impone la sociedad, niega la realidad de un sujeto marginado, siempre sujeto al otro.

M: Creo que tienes razón, pero no en todo. Federico, hoy en día, muchas veces se reduce el ser y hacer, de quien enseña, a la profesión, esto en respuesta a un mundo moderno y, como sostienes, el rechazo legítimo a la instrumentalización del maestro mediante el discurso ideologizado de la vocación; sin embargo, creo que al limitar este ser y hacer del maestro de esa forma, caemos constantemente en el riesgo de desatender la pregunta por lo que somos, lo que alimenta la vida y la llena de sentido, y no hablo de la religión, sino de algo más profundo y vital.

Como si la vida fuese un para qué y un cómo ya establecido e incuestionable, materializado en un alguien que trabaja, compite y sirve al mercado laboral capitalista y de consumo, sin más, y no una constante indagación respecto al qué y por qué del ser mismo como huma-

no, como vida, como maestro y como espacio de creación y recreación constante.

Pero, ¡vamos al grano! la vocación es un discurso, una suma de ideas y acciones. Dicho discurso, como tantos otros, es utilizado con fines de gobernabilidad, a veces de explotación, de engaño, como el discurso de la felicidad, del emprendimiento, y tantos otros; ahora, en lo que respecta al individuo maestro, algunos individuos, su experiencia en relación a él es muy distinta. Recuerda que los individuos ejercen poder, también ellos median en las relaciones de poder y saber que entretienen los discursos, y en dicho procedimiento significan las palabras muchas veces desligándolas del discurso hegemónico, muchas veces ubicándolas en un sentido absolutamente distinto. Creo que eso pasa con el concepto de vocación, y lo que un buen maestro hace con él.

F: Sí, estoy de acuerdo, el poder no es omnisciente, no viene de arriba ni de un poder soberano dueño de él, cada quien ejerce poder, ¡es verdad! Pero, ¿a qué te refieres con el buen maestro?

M: Pienso que el buen maestro es muy distinto al profesor o el docente. Hay rostros de maestros, formas en que se ejerce esa figura enigmática y misteriosa de la enseñanza. Yo y muchos más, pensamos que el maestro es alguien que tiene preocupaciones y objetivos muy diferentes a las instituciones y una relación muy específica con el deber ser social. Mira, un docente es un título, obedece al Estado, la escuela. Un alguien que cumple con su trabajo como si se tratase de cualquier trabajo. Un profesor, uno bueno, profesa un saber. El profesor de Biología sabe de biología, y capaz sea bueno, lo hace con pasión y se actualiza constantemente, pero no sabe o no enseña más que eso. El maestro se preocupa por la inquietud que tiene el otro respecto a la vida

más íntima, al maestro le preocupa el ser del estudiante, su forma de existir. Es alguien que se ha ocupado de sí mismo, y sabe que quienes se ocupan de sí mismos, están más vivos, más conscientes del mundo. Conozco individuos así, buenos maestros, maestros memorables.

F: Entiendo. Ahora... dices que el buen maestro vive su vocación de forma distinta, háblame de eso.

M: ¡Está bien! sin embargo te advierto: no todos los maestros piensan igual, pero mi testimonio respecto a la vocación tiene que ver con lo que te voy a contar a continuación, lo que en tiempos de dificultad, como los que vivimos hoy, me ayuda a sostenerme en pie, sabedor de que mi ser y hacer responden a un llamado vocacional. Como siempre, presto al debate, pero se trata de eso, de crear ideas en el diálogo.

Pienso que la vocación de maestro es propia de quienes sienten la vida como algo que hay que resolver; de quienes atravesados por la inquietud de existir, buscan el conocimiento, pero no para refugiarse en él, como el intelectual moderno, y hacer de este un discurso, una muestra de erudición sin relación con la vida de quien lo pronuncia, sino para, a través de él, vivir mejor.

Creo que todos nos preguntamos por la vida, o deberíamos hacerlo. ¿Por qué estoy vivo? Un maestro, alguien que se ha ocupado de sí mismo, que ha buscado responder a esa pregunta por la existencia, sabe que hay algo que lo jala, que lo habita y lo hace estar vivo, despertar cada día y continuar. Schopenhauer habla de la voluntad, Nietzsche de la voluntad de poder, a mí me gusta pensar en Spinoza y la idea de co-

natus. Federico, todo lo existente persevera en su ser, intenta durar tanto como sea posible. Nombro a eso que me jala, a esa fuerza que soy, *conatus*. Bueno, ¡no quiero ponerme a teorizar!, solo diré que hay una fuerza, que soy fuerza, energía e intensidad y que no tengo otro objetivo que vivir, durar tanto como sea posible.

Federico, vivimos en medio de fuerzas, de relaciones de fuerza, ¡es como la si la vida fuese un mar embravecido!, hay fuerzas que nos empujan, que nos llevan, nos empujan y zarandean por uno y otro camino y, sin embargo, si somos buenos capitanes, el mar no nos hunde, de hecho puede que lleguemos a nuestro destino. Lo que intento decirte es que nosotros podemos darle un norte a esa fuerza que somos, pero depende de lo que hagamos con nuestra vida. Sartre dice que «cada hombre es lo que hace con lo que hicieron de él». Esa fuerza que soy, es deseo, deseo de vivir. Esa es mi esencia. El problema es cómo la llevo a cabo, cómo la ejerzo.

Bien, si me ocupo de mí mismo, si aprendo a pensar, y si vivo con sabiduría, comprendo que yo construyo mi vida, y que dependiendo de mis decisiones, mis acciones cotidianas, mis ideas y luchas, podré hacer de mi vida una obra de arte o el peor de los infiernos, naufragar en el mar. Creo que eso lo sabe todo buen maestro, todo sujeto que ha luchado por vivir.

F: Sí, claro, ¡cada quien puede hacer de su vida una obra de arte! ¡Algo estético!

M: ¡Exacto! Un buen maestro es un alguien que busca hacer de su vida una obra de arte, una vida singular y emancipada, que gracias al pensamiento, el constante pensar, es creador de sí mismo y del mundo que lo rodea. Ahora, ese pensamiento se hace carne, acción, el maestro enseña no solo con lo que sabe, sino con lo que es. Eso es lo que tiene un maestro.

Bien, articulemos eso que te he dicho a la idea de vo-

cación. Te voy a decir algo en relación a ella, ¿sabes?, es inmanente y trascendente, a la vez que es una inclinación que cada quien da a su vida, es una pasión, pero respecto al maestro es una pasión que se ejerce como mediación, y todavía más, esto te va a sorprender, pero me dejas explicarlo... Es amor, pero no cualquier amor, se trata de uno en que dos almas se ven conmovidas, transformadas. Quien tiene vocación está llamado al amor.

F: ... No comprendo... Desarrolla más eso, y la verdad no me gustan los romanticismos.

M: Entonces, vamos por partes. Dos ideas o conceptos. *Inmanencia* y *trascendencia*. Primero es importante que los comprendas y después entenderás mejor aquello del amor y la pasión. Lo inmanente es opuesto a lo trascendente, viene de adentro, no tiene un afuera.

F: ¿Qué?

M: Mmm, a ver, piensa la idea de energía, esto de que todo lo que ves y no ves es energía, ¿lo tienes?

F: Sí, sí...

M: Bueno, si todo es energía, ¿hay algo fuera de ella?

F: ¡No!

M: ¡Exacto! Lo inmanente es lo que no tiene un afuera, se autoproduce, viene de adentro y se mantiene en el adentro. La vida en sí es inmanente, para las plantas, los animales no humanos y todo lo existente, no hay realidad fuera de ellos mismos. Si les preguntáramos a las palomas por su realidad, ellas dirían que es una realidad inmanente, biológica, y no hay más. Y, sin embargo, en lo humano es un poco distinto. El humano, a la vez que inmanente, es trascendente, pues no se vive solo en la realidad

biológica, sino que trasciende dicha realidad, y se funda en una realidad simbólica, cultural, una venida de afuera. Me explico, un bebe nace en la *inmanencia* más profunda, pero con el paso de los días una realidad externa a él comienza a mediar en su relación con las cosas; esa realidad es *trascendente*. Entonces, inmanente y trascendente. En torno a esto hay mucho que decir, pero otro día profundizaremos.

Cuando te digo que la vocación es inmanente y trascendente, me refiero a que es inmanente debido a que se abastece de ese deseo, esa fuerza que somos, en principio biológica, física; energía. Nacemos inmanentes, nos habita un deseo por vivir, por durar tanto como sea posible. Sin esa fuerza no habría vocación, no habría vida. Ahora, esa fuerza puede tener una u otra forma de ser, de expresarse, depende de cada quien, de lo que cada quien haga con su vida, ya sabes, para muchos un infierno, para otros una obra de arte.

Y, sin embargo, esa fuerza puede verse transmutada a vivir la vocación de maestro, esto por algo trascendente, un algo que le pasa a esa fuerza, que nos pasa, una experiencia que nos transforma y que viene de afuera. Por ejemplo, una experiencia de ruptura, que nos lleva a hacer un pare, a reconsiderar lo que venimos siendo, a reconstruirnos y, como resultado de ese proceso, la necesidad de compartir; o un maestro, un otro que es ruptura en nuestra vida, pues nos hace dar cuenta de que vivir no es solo vivir, sino ser consciente de que se vive, estar despiertos, atentos, que nos hace inscribir esa fuerza que somos en la pregunta por lo que somos, por lo que es la vida, en el pensar, el sentir, la alegría de estar vivo, como dice Larrosa respecto a la experiencia; algo que nos pasa, nos lleva a ver y vivir el mundo de forma distinta, a desnaturalizar lo que somos. Como sea, trascendente e inmanente. Siempre mediada por una experiencia memorable, una que nos transforma.

F: Entiendo... Igual debo pensarlo... Pero, ¿de qué manera una experiencia trascendente, hace de esa fuerza inmanente que soy algo distinto? ¿Por qué despierta en mí la vocación, la pasión por ser maestro, por enseñar?

M: Pues eso otro venido de afuera nos conmueve hasta tal punto que nos lleva a resignificar nuestra vida, a ver el mundo con otros ojos, y en el caso de la vocación de maestro, nos lleva a querer compartir eso que adquirimos, eso que descubrimos en nosotros mismos, nuestra propia vocación, es decir, a darle al mundo lo que ahora sabemos, lo que hemos conquistado, y todo ello con pasión. El otro media en nosotros, y posibilita que descubramos en nosotros mismos la fuerza que jala al mundo y que le hace bien, pues contribuye a que cada quien sea soberano de sí mismo, esto comprendiendo su deseo, y en este caso, dotándolo de la pasión magisterial.

¿Entiendes?

F: Sí, algo que me pasa y me hace ser distinto. Me cambia la vida y a partir de lo que genera en mi propio ser, eso que me aumenta, me fortalece, me incita a pensar y crear mi propia vida, y así me veo inclinado a compartirlo, a posibilitar que otros se beneficien también. ¿Pero por qué decido compartirlo?

M: Es una pregunta difícil. Creo que damos cuenta que nos hace bien, y que previamente estábamos mal, disminuidos. Cuando descubrimos y dotamos a esa fuerza que somos de la vocación del maestro, estamos decidiendo ayudar a esos otros que, como nosotros previamente, viven disminuidos. Freire dice que se trata de una vocación

ontológica, ser más y no ser menos. Creo que todos nos vemos llamados al ser más, a vivir una vida auténtica y emancipada, caso contrario, vivimos en el ser menos, la negación, la esclavitud, el engaño y la enfermedad.

Ahora, eso que compartes, que entregas al otro, es tu mayor conquista, es lo que mejor te caracteriza, y lo más seguro es que lo entregas con pasión. ¡Federico! El buen maestro es un apasionado de sí. Entiendo pasión como una delimitación del deseo, de eso que me jala, esa fuerza que soy. Alguien tiene pasión por el deporte o por el baile, bueno, los maestros tienen pasión por la vida, por la pregunta en relación a la vida, qué es vivir, cómo vivir, para qué. Aquí es muy importante, como te dije anteriormente, el pensamiento, saber pensar. En fin, eso responden los maestros, por eso se preocupan por las vidas de sus estudiantes.

F: ¿Y por qué dices que es una mediación, una apasionada mediación?

M: El maestro apasionado vive su pasión como mediación.

F: ¿Qué significa eso?

M: Escucha. El maestro media en la vida de los estudiantes, busca que esa fuerza, esa energía que es cada estudiante, lleve sobre sí misma un trabajo de pensamiento, de deconstrucción, de emancipación... Busca ser un punto de ruptura en la inmanencia del otro. Recuerdo a María Zambrano pensando en Séneca, a quien describe como alguien que media entre la vida y el pensamiento, un hombre sabio de «naturaleza mediadora que a manera de puente se tienden entre nuestra debilidad y algo lejano a ella, algo invulnerable de lo que se siente necesitada. [Para ella] toda vocación es en esencia mediadora» (Zambrano, 2010, p. 17). Por supuesto, media entre la ignorancia y la sabiduría, Freire diría entre el *ser menos* y el *ser más*, o Spinoza sostendría entre una vida que logre estar contenta de sí misma y una

mala vida, disminuida, enferma e ignorante.

Piensa en Sócrates, él era como un tábano, un bicho que incitaba al otro a moverse, a hacerse cargo de sí mismo, abandonar la ignorancia y conquistarse, conocerse a sí mismo; eso hace el maestro, es un tábano que media, un fuego que busca que el otro se inquiete, se pregunte. Queme lo que es y arda con más fuerza.

Sabes, hoy en día muchos dicen que los maestros no son necesarios. Todo está en la internet, y cada vez más hay programas tutoriales y grabaciones que entregan la información necesaria, así las cosas, como se preguntaba Humberto Eco, por allá en el 2007, ¿para qué sirven los maestros hoy?, bien, para mediar en esa búsqueda, y allí posibilitar que el estudiante sea capaz de pensar por sí mismo, y como decía Eco: «Filtrar, seleccionar, aceptar o rechazar toda esa información». Todo eso que lo inunda y que no lo deja ser el mismo, no lo deja pasar de la ignorancia al saber.

F: Eso de Eco es interesante, y la idea de Sócrates me gusta mucho. ¡Sócrates es un paradigma de la formación!

M: Sócrates nos invitaba a hacernos cargo de nosotros mismos.

Bueno, la vocación del maestro es una pasión, una mediación. Y te dije que era amor. El maestro es una enamorado, ¿sabes por qué?

F: No lo sé, pero eso del amor en las relaciones educativas no es bien visto hoy en día.

M: Claro, es un riesgo moral, pero un necesario desafío ético. El problema no es el amor, sino lo que pones debajo de esa palabra, ¡igual tampoco es bien visto que alguien

piense, o que critique, o que alce la voz ante la injusticia; es un mundo tonto, no saben qué es amar y viven haciendo daño con eso que llaman amor! Amor, un buen amor es sabiduría, Federico. El amor, como sostiene un amigo, «es la fuerza vinculante entre el maestro y el discípulo: amor por el maestro, amor por el discípulo, amor por el saber puesto en juego entre los dos» (Gonzales, 2021).

Te voy a decir qué hace un enamorado, esto me lo reveló un amigo que gusta del psicoanálisis. Presta atención, quien se enamora proyecta sus ideales en el otro, pone en el otro lo que es de sí, es decir, su falta. Se enamora de lo que le falta, lo que busca; así las cosas, un enamorado se ama a través del otro. Pero en dicha emoción se festeja, festeja e intenta seducir al otro con eso, pues celebra lo que siente; ahí está la felicidad. Sumado a ello, un enamorado espera que el otro también lo ame, es decir, que la pasión del otro también se centre en él. Espera ser correspondido. Y es que un enamorado busca que el otro se conmueva, que su ser, su alma, como el alma del enamorado en sí, sienta, se mueva, deje de ser lo que era y sea otra cosa, un alguien más vivo, más activo, más despierto. La pasión del enamorado es una mediación en sí mismo, pues él siente y se ve transformado por lo que proyecta, y una mediación en el otro, pues busca que ese otro sienta lo mismo.

Hay amores que naufragan en este procedimiento, desafortunadamente la mayoría, esto debido a que no comprenden lo que está en juego en el amor, y dan forma a una historia de amor naufrago, una historia opuesta a la conquista de algo que enaltezca al amor mismo. En esa vía no se hacen cargo de ese amor con sabiduría y todo termina siendo un infierno. En el amor entregamos lo que tenemos (lo que somos), si tenemos confusión, eso daremos; si nos hemos hecho cargo de nosotros mismos, otro será el cuen-

to. Ahora, en esta sociedad erotizada, individualista y consumista, hay amores que se consumen rápidamente, pues su verdadero objetivo no es el ser del otro, el alma del otro, sino el cuerpo, y una vez lo tienen, se pierde el objetivo. Alguien dirá que se desea lo que no se tiene, y una vez se tiene ya no se desea.

Un buen maestro sabe de eso, ha pensado la vida, las relaciones entre los individuos, ha meditado su deseo, sabe de su pasión, pues tiene por objetivo el ser, y no el cuerpo. Esta es una conquista ética en todo maestro. En todo aquel que se ha gobernado y gobierna sus emociones. Pero ésta no es su esencia, es su horizonte, y es una conquista diaria. Pero no voy a ahondar en eso. Acá hay mucha tela que cortar y me gustaría que lo dejáramos, también, para otra conversación.

Entonces el maestro, el buen maestro, se enamora, debe estar enamorado, y ¿qué proyecta en el otro? Pues, proyecta en el otro lo que él busca, lo que él intenta ser. Escucha las palabras de Steiner a propósito de este oficio; el enseñar, «no hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos» (Steiner, 2011, p. 173).

Mira mi amigo, el del psicoanálisis, él es un buen maestro, un pensador, un ser sensible y crítico, y ha conquistado cosas sobre sí mismo, pero sigue buscando, sigue en falta...siempre estamos en falta. Para él la felicidad son los libros, el pensamiento, la sorpresa que produce una buena conversación, la comprensión de lo que somos y el

mundo en que vivimos, la idea de que puede provocar transformaciones en ese mundo humano y en sí mismo. Recuerda que todo buen maestro tiene una pregunta por la vida, la existencia.

Él busca y trabaja por eso todo el tiempo, sabe que eso es bueno para la vida, y lo proyecta en el otro, proyecta en sus estudiantes eso que él busca, lo que no tiene o tiene pero sabe que puede tener más, disfrutar más. Y en ese acto, se ama a sí mismo y ama al otro. Su búsqueda, en sí misma, constituye la mediación, mediación en sí mismo, en la lucha que el maestro lleva sobre sí mismo, y mediación respecto al otro, pues el maestro busca que ese otro también conozca de sí, que se libere, que conquiste la autenticidad. Sabe que el otro, al igual que él, deben fraguarse a sí mismos.

Ahora, él espera que el otro corresponda ese amor. ¿Cómo? Todo maestro, incluso profesor o docente, disfruta que sus estudiantes den luces de haber comprendido, de haber aprendido algo. La respuesta del estudiante, y en el caso del maestro, lo que él recibe de otro, es amor correspondido, es gratitud, y hace de la vocación del maestro una vocación intensificada, un amor aumentado.

En todo caso, todo enamorado se pone en riesgo al amar, corre peligro, pues queda a merced del otro, de su voluntad, su deseo, y por supuesto la posibilidad de perder al otro o perderse en «él», sin embargo, y esto también hay que profundizarlo en otro momento, un buen maestro, uno enamorado, corre un riesgo menor, pues ese otro a quien ama —a diferencia del objeto amado por cualquier enamorado, que una vez consigue el vínculo con el otro imagina que es para todo la vida— es decididamente transitorio, no puede eternizarse, es decir, siempre está de paso en la vida del maestro, a su vez, es múltiple, siempre son muchos. Finalmente, el buen maestro cuando se ha hecho cargo de sí

mismo, de su pasión, no se borra a sí mismo al amar al otro, pues se acerca a ese otro sabiendo de los peligros y posibilidades respecto a él. Weber habla de la vocación política como un servir al otro y no a sí mismo, pero, olvida que todo buen político, como sostenía Sócrates: sujeto público, debe hacerse cargo de sí mismo —que es muy distinto a tener logros profesionales—, y en esta vía poder relacionarse con los demás con sabiduría.

F: Es una lectura muy distinta de la vocación, pero, hay maestros que ciertamente transpiran eso, y sin embargo, hay otros... ¿tal vez profesores?, ellos no lo hacen... Antes dijiste que un profesor profesa un saber... ¿Qué sería la vocación en ellos?

Creo que tiene sentido pensar al buen maestro como un enamorado, pues es cuando amamos que nuestro ser se ve motivado a hacer y experimentar la existencia con fuerza, con entrega. Respecto a un profesor (quien solo profesa un saber), ¿qué es lo que ama? Creo que ama el saber en sí mismo, olvidando o dejando de lado aquel rol de mediación, y en contravía al maestro, que ciertamente ama el saber, pero como herramienta, como medio a través del cual él y el otro, se emancipan, atienden la vida, el ser. Mientras el profesor, el buen profesor, ama saber más, el buen maestro sabe que no se trata de saber más, sino, de hacer con eso que sabe cosas en sí mismo y propiciarlas en el otro...

F: ¡Entiendo!

M: Por eso la vocación del maestro no tiene que ver con un oficio institucional, pues no responde a lo que impone una institución, ni un campo de saber, un área disciplinar o un deber social. No, la vocación, cuando el maestro la descubre en sí mismo, ya no depende de lo trascendente, sino que se funde en la inmanencia misma, se autoproduce, y en ese camino produce al maestro en sí. El maestro se funde con su vocación, es la vocación misma. Entonces, ella no es un deber con lo institucional, con el director del colegio, con la sociedad, ni siquiera con el otro, el estudiante; en un primer momento es un deber consigo mismo. La vocación etimológicamente significa voz y escucha, refiere a la escucha de una voz, una voz que viene de adentro.

Una vez un maestro ha descubierto su vocación, es decir, el qué de su deseo, su pasión, es más dueño de sí mismo, es libre... Un amigo diría que es un maestro que se dota a sí mismo de la consistencia para forjar un destino, para ser él mismo, el mismo en su inmanencia, que también es la auténtica inmanencia de la vida². Habría que leer a Spinoza, pero en otra ocasión te contaré de este amigo, ya un viejo amigo.

F: Lo entiendo. Hay cosas que debo pensar más. Tendremos que volver a esto. Pero me gusta lo que dices. Sin embargo, y lamentablemente en un mundo como el nuestro, se suele hacer uso de esa vocación para explotar y culpabilizar a los maestros. Y es que todo eso que dices suena bien y considero que está bien fundamentado, pero ¿de qué vive el maestro? ¡A él no le pagan su vocación! Y de ella...no come.

² Al respecto: Zambrano, Barragán y Ossa (2020) en *Revista de Filosofía y Educación*; Zambrano (2021) en *Debates*.

M: Intuyo por dónde vas. Déjame decirte más bien por que el maestro reclama y debe reclamar un salario, por que merece un salario digno.

Federico, la vocación del buen maestro nunca tendrá como pago dinero o bienes materiales. Si un maestro en ejercicio de su vocación espera eso está confuso. Y eso lo saben los maestros, pues a pesar de que les paguen mal, de que no lo reconozcan, se sienten satisfechos cuando un estudiante da luces de estar logrando autonomía, aprendizaje, pensamiento. La vocación del maestro no tiene que ver con un sueldo. Pues ningún enamorado espera que el otro le responda con dinero ante su expresión de amor.

El maestro reclama y requiere de un salario justo por cumplimiento del contrato social. Algo que está por encima de la institución, de quien paga el salario, y que tiene que ver con la construcción de sociedad, de mundo. Un acuerdo en el que todos, vía Constitución, apostamos a una sociedad, a un Estado, a un país. Cuando un maestro sale a las calles está reclamando dicho incumplimiento, pues, uno de los efectos en la mediación que el maestro realiza en el estudiante es que este entienda dicho contrato, y que tenga un lugar activo en él. Nosotros somos parte de una sociedad, y lo que nos une es un contrato social, esto es, la idea de que podemos vivir en comunidad, en respeto a ciertas normas y en cumplimiento de deberes, y también poseedores de derechos.

La única manera en que dicho contrato puede continuar es que gradualmente las nuevas generaciones lo entiendan y sean capaces de renovarlo, actualizarlo de

acuerdo con el momento histórico que viven y defenderlo. Una ley, un acuerdo, es bueno cuando quienes lo integran lo comprenden, caso contrario si solo lo obedecen sin entender su razón de ser, porque terminan negándolo, declarándose en contra de él por desconocimiento y disputa de poder. En esta vía, el maestro es la bisagra necesaria (mediación) para la inserción de los recién llegados al mundo en la vida social, política y ética, y sobre, todo, en lo colectivo, la comprensión del contrato. Por eso el maestro merece un salario digno y un lugar destacado en los haceres y roles sociales.

En nuestro país ese contrato se llama democracia. Y queremos una democracia participativa. Donde todos tengamos voz y voto. Donde todos entendamos la importancia de hacernos parte de los procesos sociales que hacen posible la democracia, entendiéndola y luchando por ella. Quien no comprende el acuerdo, sus derechos y deberes en él, el porqué de los mismos, suele ser explotado y marginado. No sabe dónde vive, ni por que vive como vive, no es dueño de sí mismo y no entiende su lugar respecto a los otros. El buen maestro media en eso, pues todos los recién llegados al mundo nacen en esa condición, y el maestro busca que dicha vida se haga consciente de sí misma y, en esa medida, de lo importante que es para la sociedad.

Ante el incumplimiento del salario, o la ausencia de un pago digno, el maestro levanta su voz, pues no solo le están incumpliendo a él, sino a toda la sociedad. El maestro no alza su voz solamente en contra de aquellos que deciden sobre su salario, sino contra quienes disminuyen la sociedad, que atentan contra el acuerdo y disminuyen la vida.

F: Claro, el contrato social es muy importante. Ahora, es verdad que la vocación es algo decisivo... pero hay personas que ejercen la docencia, y hay que decirlo, ¡sin vocación! ¿Qué piensas de ellas?

M: bueno, siempre he creído que, a pesar de todo, aquel que ejerce como educador tiene deseo de hacer las cosas bien, pero eso no es suficiente. La vocación es algo que se vive, en otras palabras, como dije antes, el buen maestro es quien enseña no solo con lo que dice, sino principalmente con lo que hace, con lo que es. Quien no tiene vocación vive y alimenta su oficio, su pensamiento, con lo que no es propio, con lo que debe hacer, pues realmente solo cumple con un deber, con un empleo, pero no consigo mismo y menos con la sociedad, con la vida.

Referencias bibliográficas

Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Cactus.

Gonzales, C. (2021). "¿Qué es un maestro? El caso Estanislao Zuleta y el problema de la transmisión". *Páginas para leer entre líneas*. Fundación Cultural Entre Líneas.

Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Eco, H. (2007, 21 de mayo). ¿De qué sirve el profesor? *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/de-que-sirve-el-profesor-nid910427/>

Steiner, G. (2011). *Lecciones de los maestros*. Ediciones Siruela.

Zambrano, M. (2010). *El pensamiento vivo de Séneca*. Madrid. Cátedra.

Zambrano, M. (2007). La vocación del maestro. La mediación. En, *Filosofía y educación. Manuscritos*. Ágora.

Zambrano, I. Barragán, B. y A. (2020)., Arley. Spinoza "en medio" de Deleuze. Sobre la iden-

idad magisterial y el cuidado de sí. Saberes y prácticas. *Revista de Filosofía y Educación*. 5(1), 1-17. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/saberesypracticas/article/view/3320>

Zambrano, I. (2021). Carta a vos mismo. Sobre la inmanencia y la educación de sí en tiempos de crisis. *Revista Debates N.* (85), 60-69.